

Lucie Rico

GPS

Traducido del francés por Elia Maqueda

AdN

Título original: *GPS*

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© P.O.L éditeur, 2022

© de la traducción: Elia Maqueda, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com



ISBN: 978-84-10138-02-5

Depósito legal: M. 33.624-2023

Printed in Spain

Gira a la derecha

Es como si Sandrine te hubiese tendido una trampa. Una trampa perversa: *Te espero a las 19:00 en mi fiesta de compromiso, en la zona de Belle-Fenestre. Sé puntual.*

Has buscado en el GPS «zona de Belle-Fenestre», y luego «lugar para celebrar un compromiso en la zona de Belle-Fenestre». Las dos veces te ha contestado: dirección desconocida.

Basta con que falte un número y la dirección ya no sirve. Una dirección errónea puede llevar a alguien como tú a perderse. Abundan los ejemplos. Un error en el nombre del destinatario hace que una multa no llegue a su destino y se convierta en una deuda de por vida. Un descuido y la ambulancia llega demasiado tarde a reanimar a un padre, lo que deja a dos hijos huérfanos con un cargo de conciencia eterno: ojalá no hubiesen cambiado el código de acceso.

O peor aún: un asesino a sueldo mal informado se equivoca de piso, entra en tu casa en lugar de en la de tu vecino y te mata de un balazo en la cabeza.

Por supuesto, a ti no te ha pasado nada de esto. Pero, a veces, tu imaginación es tan fuerte que ya no sabes diferenciar la realidad de la ficción. Te dejas seducir. Divagas por tu cabeza. Divagas por el espacio. Orientarte es un auténtico rompecabezas. Desde que te has quedado en paro, esta tendencia se ha visto acentuada, pero no es nueva. Naciste al revés, de nalgas, a pesar del orden establecido y de las normas de urbanidad. La mayoría de los niños se dan la vuelta en el vientre de su madre para llegar en el sentido correcto. Pero tú no; tu cabeza no encontró la salida.

Las tres últimas veces que has salido de casa te has caído redonda al suelo. No eras capaz de respirar fuera. Le preguntaste a Antoine si los incendios de la zona no habrían afectado al aire. Él se mostró escéptico. Podían tener algo que ver, y la contaminación también, pero eso no lo explicaba todo. Te había vuelto a mencionar la necesidad de ir a un psicólogo o, al menos, a un alergólogo.

Por más que buscas, el nombre de zona de Belle-Festrestre no te dice nada. No obstante, está cerca de tu casa, y tú eres de aquí. Nunca has salido de esta región, más que para unas cortas vacaciones; en treinta y tres años te habría dado tiempo a recorrer cada paisaje. Pero los paisajes no te interesan. La ciudad tampoco. Todas las ciudades se parecen, dices siempre. Dos personas con fibra y una suscripción a Netflix tienen más en común que dos personas que vivan en Clermont-Ferrand. A veces te gusta decirte: soy de la

ciudad donde vive Sandrine, y quiero a Sandrine igual que a mi ciudad, sin comprenderla ni pensar en ella.

Internet te informa de que la zona de Belle-Fenestre es un parque arbolado de diecisiete hectáreas, un entorno ideal para una celebración. Entre las ocho singulares construcciones levantadas sobre las ruinas de antiguos castillos, hay cuatro que se pueden alquilar y son perfectas para celebrar bodas, cumpleaños, cócteles, *garden parties*...

No tienes ni idea de cuánto es una hectárea. La palabra te inquieta, como todas las que empiezan por ha-che. Una hectárea debe de ser inmensa para no poder contabilizarse en metros ni en kilómetros.

Una hectárea, un hectolitro. Diecisiete hectáreas, diecisiete hectolitros. El cuerpo de una persona adulta contiene cero coma cero cinco hectolitros de sangre, algo que parece ridículo. No sabes por qué has retenido ese dato.

Te asalta, no obstante, esta inquietud, la imagen de la sangre, mientras el GPS sigue buscando. Enseguida te pones en lo peor con todo lujo de detalles:

Te ves llegando a la hectárea 1, es noche cerrada, el parque está oscuro, las farolas, rotas, y las ocho singulares construcciones son idénticas entre sí.

Tienes el móvil sin batería.

En una bifurcación, te ves obligada a decidir qué dirección tomar: ¿derecha, izquierda o centro?

Eliges el camino del centro. Te lleva hasta un tético callejón sin salida. Te equivocas.

En la hectárea 2, un hombre sale de la nada y te agarra del pelo.

Te arrastras, herida, hasta la hectárea 3; no puedes levantarte. Exhalas tu último aliento en un lugar absurdo, al lado de un estanque decorativo lleno de nenúfares, mientras que cerca de allí, en un lugar que nunca habrías encontrado, Sandrine besa a su futuro esposo entre un puñado de invitados con mejor sentido de la orientación que tú.

Si Antoine hubiese aceptado acompañarte, podría haberte orientado. Habrías recorrido la zona de Belle-Fenestre con los ojos cerrados, de su mano. No habría permitido que el exterior te asfixiara. Pero te ha dicho: «Iré más tarde». Por su manera de agachar la mirada y de hacer girar los ojos de forma extraña en sus órbitas, has comprendido que no podías fiarte de sus palabras. Vendría si su fiesta no le gustaba, si se sentía con energía o si le suplicabas que te acompañara.

Llamas a Sandrine y le dices que no vas a ir. Que se te había olvidado que era viernes. Que, desde que estás en paro, la semana y el fin de semana son como un flujo constante, que tienes un ganglio y que además tu vestido está manchado.

Ella te deja hablar.

La última vez que Sandrine fue a tu casa, abrió la ventana y dijo: «Aquí huele a cerrado». Tenía razón. Ese olor es el tuyo; no te diferencias demasiado de tu olor.

Por teléfono, Sandrine se limita a contestar: «Vas a venir». Un testigo tiene la obligación de estar presente, va implícito en la definición de la palabra. Buscste dicha definición el día que te lo pidió. Aquel día que Sandrine se pasó por tu casa. Venía del trabajo y se quitó los tacones, aunque odia sus pies. A menudo, dice: «Pero no pasa nada, la mayoría de las chicas guapas tienen los pies muy feos, lo he leído por ahí». Que se descalzara en tu casa era una prueba de amistad. Fue entonces cuando te dijo: «Aquí huele a cerrado». Abrió una ventana, la del salón. Los vecinos de enfrente estaban discutiendo y Sandrine se quedó un buen rato mirándolos sin hablar. Tú no dijiste nada para no parecer demasiado desempleada, pero te morías de ganas de contarle los episodios previos de la vida de aquella pareja. Los vecinos parecían haber dispuesto su casa entera para que el interior estuviese orientado hacia tu ventana: era como un auditorio, pero un auditorio municipal, con muebles baratos, chillones y mal montados.

Tú estabas sentada en el sofá, con la mirada fija en la de Sandrine, quien espiaba con atención extrema la disputa conyugal, que iba de mal en peor. Cuando la vecina estalló en largos sollozos en mitad de la cocina modular, Sandrine se sobresaltó muchísimo. Se asomó a la ventana con el cuerpo en perpendicular. La postura era anormal, un prelude que anunciaba un grito o un salto al vacío. Tenía los puños apretados alrededor de la barandilla, pero enseguida aflojó la presión. Se dio la vuelta hacia ti como

si nada y te preguntó: «Oye, ¿no querrás ser mi testigo? Voy a casarme».

La forma negativa de la pregunta no era muy apropiada. El anuncio tampoco. Tú metiste tripa y Sandrine se encogió de hombros: «Eres la persona que más tiempo lleva en mi vida. Y eres periodista. Lo harás bien». No mencionó el hecho de que estabas en el paro. Ni vuestro vínculo de amistad. Tú no dijiste que solo redactabas sucesos ni que odiabas a John. Os entró la risa tonta y cómplice. Aceptaste.

Por teléfono, Sandrine te ha dicho: «No te preocupes, yo te acompaño».

Y ha colgado.

Tú te has sentido reafirmada en tu importancia: Sandrine iba a escaquearse de los preparativos de su propio compromiso para venir a buscarte. Has sacado una botella de moscatel y te has sentado en el sofá con los brazos cruzados a esperarla. Esa es la postura en la que pasas la mayor parte del tiempo. Si buscaras en Google Imágenes «espera y ociosidad», encontrarías tu postura fetiche ilustrando todo tipo de situaciones.

El teléfono ha vibrado. Un enlace de Google Maps —que tú sigues llamando GPS por un abuso del lenguaje, como si todos los mapas, todas las representaciones del mundo y las tecnologías fueran las mismas, meras herramientas para llevarte a buen puerto— ha aparecido en la pantalla:

Sandrine quiere compartir su ubicación contigo.

Te has sentido herida en tu ego. No va a venir a buscarte en persona, se contenta con enviar un avatar digital. Has guardado la botella de moscatel. A pesar de todo, esa forma de expresarlo, «compartir», te gusta. Has pensado en el piso que compartíais Sandrine y tú en la calle Graviers. Es raro que tú te acuerdes del nombre de una calle. No sueles fijarte en los nombres de las calles. Antoine sí. Él dice cosas como: «Es curioso que viva en la calle Abbé-Pierre, con lo egocéntrica que es».¹ A veces te explica el origen de los nombres. Tú aprendes, aunque luego lo olvidas enseguida, que las calles que deben su nombre a dos célebres escritores franceses que se odiaban ahora se cruzan, que una estudiante que murió por el impacto de un ladrillo en la cabeza le da ahora nombre al lugar de su muerte, o incluso que la calle Casse-Cul («incordio») y el callejón Joli-Coeur («galán») están enfrente la una del otro. Debería existir un cuerpo de diplomáticos encargados de solucionar las incoherencias que afectan a la armonía de los sitios.

La calle Graviers, no obstante, era fácil de recordar. Porque la calle estaba cubierta de gravilla. Las piedrecitas se te metían en las sandalias en verano, y Sandrine se divertía dándoles patadas contra las farolas o

¹ El abate Pierre, también conocido como «el ángel de los pobres», fue un sacerdote francés, miembro de la Resistencia en la Segunda Guerra Mundial, que se dedicó toda su vida a luchar contra la exclusión y a ayudar a los necesitados. (*N. de la T.*)

los buzones, lo más lejos posible, y eso la hacía reírse a carcajadas, como si hubiese hecho una cabrilla en un lago.

Has hecho clic en el enlace.

En el momento, has actuado sin pensar. Acaricias la pantalla varios cientos de veces al día, de forma mecánica. Con un movimiento fluido de la muñeca, barres la superficie de izquierda a derecha, de arriba abajo. Te llenas de información y de imágenes. Tan solo los mensajes de Sandrine te hacen levantar el índice y prestar atención. En cuanto aparece su nombre, el barrido se convierte en presión. Haces clic como quien abre un regalo la mañana de Navidad, con impaciencia y ansiedad.

La aplicación de Google Maps se ha abierto en pantalla completa, revelando un mapa rudimentario y, en el centro, un punto rojo imponente: perfectamente redondo y perfectamente rojo. Solo habías visto puntos así en las series estadounidenses, para hacer referencia a bombas, un artilugio peligroso o zonas de conflicto.

Has vuelto a hacer clic.

El nombre de Sandrine ha aparecido en la parte superior de la pantalla junto a una serie de números: cincuenta minutos de trayecto. Treinta minutos en autobús y veinte a pie, treinta y nueve kilómetros y novecientos metros por delante. El punto rojo estaba en la hierba, a cincuenta minutos de ti, en la zona de

Belle-Fenestre. Ha empezado a moverse, con delicadeza. Has reconocido los andares de Sandrine en ese movimiento. Ese es el pensamiento que te ha asaltado: este círculo rojo incrustado en mi teléfono es mi amiga, solo tengo que acercarme a él para encontrarla.